

***[Balance General del Tercer Congreso Mundial de la  
Internacional Comunista. Informe al Segundo Congreso  
Mundial de la Internacional de la Juventud Comunista en  
su sesión del día 14 de julio de 1921]***

**León Trotsky  
14 de julio de 1921**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde [“Report on “The Balance Sheet” of the Third Congress of the Communist International. Delivered at the Second Congress of the Communist Youth International, July 14, 1921”](#), en *The First Five Years of the Communist International*, volumen 1 – Trotsky Internet Archive)

Si queremos expresar el significado del Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista de forma sucinta, con toda probabilidad diríamos que quedará inscrito en los anales del movimiento obrero como la más alta escuela de estrategia revolucionaria. El Primer Congreso Mundial de nuestra Internacional Comunista emitió la convocatoria para reunir a las fuerzas de la revolución proletaria mundial. El Segundo Congreso Mundial elaboró la base programática para movilizar dichas fuerzas. [Teniendo en cuenta que] la Internacional Comunista ya estaba en contacto con esas fuerzas [durante las sesiones de aquel segundo congreso], las consolidó y se enfrentó así a las cuestiones prácticas más importantes del movimiento revolucionario. Por eso el Tercer Congreso Mundial se convirtió, como dije, en la más alta escuela de estrategia revolucionaria. Desde el principio, el Tercer Congreso Mundial planteó la cuestión de si fueron correctas las posiciones fundamentales de la Internacional Comunista en su primer y segundo congresos. Después de una profunda y completa revisión de los hechos y las tendencias históricas (puesto que los hechos como tales, separados y apartados de las tendencias históricas, no tienen mucho significado), el congreso llegó a la conclusión de que esas posiciones eran correctas y de que nos encontramos en la era del desarrollo de la revolución mundial.

Después de la guerra, la burguesía puso de manifiesto su total incapacidad para volver a equilibrar los factores del desarrollo económico, es decir, los mismos cimientos de su existencia. Toda la atención de la burguesía estaba centrada en mantener las clases en equilibrio. Y con gran dificultad tuvo éxito durante los últimos tres años en preservar este inestable equilibrio de clases y el de su superestructura estatal. El Tercer Congreso Mundial centró la atención de todos los luchadores en la Internacional Comunista precisamente en el hecho de que, al abordar la cuestión del tempo de desarrollo, es necesario diferenciar entre los factores económicos, que son los fundamentos más profundamente arraigados de la sociedad, y los factores secundarios como política, parlamentarismo, prensa, escuela, iglesia, etc. No hay que engañarse a sí mismos sobre que una clase que está históricamente en bancarrota en el sentido económico pierde instantánea y automáticamente los aparatos de su dominación. No, por el contrario, la experiencia histórica nos enseña que cada vez que una clase dominante, que ha mantenido el poder en sus manos durante siglos, se enfrenta al peligro de perder el poder, su instinto de poder se vuelve extremadamente sensible. Y es precisamente durante la época del declive económico del orden social establecido bajo el dominio de esa clase cuando la clase dominante revela la máxima energía y la mayor sagacidad estratégica en el mantenimiento de su posición política. Esto es considerado una contradicción por aquellos marxistas que aprehenden mecánicamente el marxismo o, como dice la expresión, metafísicamente; y, por ello, caen realmente en una

contradicción. Distinto sucede con quienes aprehenden la historia a través de su lógica interna y dinámica, a través de la interacción de sus diferentes factores (a través de la interacción de la base económica con las clases, de las clases con el estado, del estado con las clases y de éstas con la base económica. Para cualquiera que no se haya graduado de la escuela del genuino marxismo, siempre será incomprensible cómo la burguesía se transforma de una clase económica dirigente, verdadera (una clase que explota pero que también organiza al mismo tiempo), en una clase completamente parasitaria y en una fuerza que es contrarrevolucionaria en el sentido más amplio de la palabra. Como esta misma burguesía pasa a estar armada desde los pies hasta la cabeza con todos los medios y métodos de la lucha de clases, desde los más hipócritas, la fraseología democrática, a la represión más brutal y sangrienta contra la clase obrera. Muchos de nosotros imaginábamos la tarea de derrocar a la burguesía mucho más simple de lo es que realmente y cómo la realidad nos lo ha demostrado ahora. Ante nosotros está un árbol semipodrido. Nada parecería más simple que derribarlo sin esfuerzo. Pero con este enfoque uno no puede llegar muy lejos en el rápido flujo de los acontecimientos sociales. Al concentrar todos sus esfuerzos en el último período no tanto en restaurar el fundamento económico como en restaurar el equilibrio de clases, la burguesía ha logrado éxitos muy serios en el sentido político y estratégico. Esto es un hecho, y resulta ser un hecho bastante gratificante para la revolución pues si la burguesía hubiese conseguido restaurar los mismos fundamentos de su dominación o hubiera dado un solo paso adelante en esta dirección, nos habríamos visto obligados a decir: sí, la burguesía ha logrado restaurar los pilares de su dominación de clase. La perspectiva para el desarrollo futuro de la revolución sería en ese caso, naturalmente, sumamente triste. Pero sucede que tal no es el caso; que, por el contrario, todos los esfuerzos de la burguesía, todas las energías que emplea para mantener el equilibrio de clase, se manifiestan invariablemente a expensas de la base económica sobre la que descansa la burguesía, a expensas de esa base económica.

Así, la burguesía y la clase obrera quedan sobre un terreno que hace ineludible nuestra victoria, no en el sentido astronómico, por supuesto, no ineludible como la puesta o salida del sol, sino ineludible en el sentido histórico, en el sentido de que toda la sociedad y la cultura humanas están condenadas caso que no alcancemos la victoria. La historia nos enseña esto. La antigua civilización romana pereció así. La clase de propietarios de esclavos llegó a ser incapaz de conseguir un mayor desarrollo. Se transformó en una clase absolutamente parasitaria y en descomposición. No había otra clase que la reemplazase y la antigua civilización pereció. Por ejemplo, en la historia moderna se observan fenómenos análogos, como el declive de Polonia hacia fines del siglo XVIII, cuando la clase feudal gobernante había sobrevivido a su época, mientras que la burguesía seguía siendo demasiado débil para tomar el poder. Como resultado de ello se derrumbó el estado polaco. Como guerreros de la revolución, estamos convencidos (y los hechos objetivos nos lo corroboran) de que nosotros, como clase obrera, de que nosotros, como Internacional Comunista, no sólo salvaremos nuestra civilización, el producto centenario de cientos de generaciones, sino que la elevaremos a niveles mucho más altos de desarrollo. Sin embargo, desde el punto de vista de la teoría pura, no está excluida la posibilidad de que la burguesía, armada con su aparato estatal y toda su experiencia acumulada, pueda seguir luchando contra la revolución hasta agotar en la civilización moderna de cualquier átomo de su vitalidad, hasta que haya sumido a la humanidad moderna en un estado de colapso y decadencia durante mucho tiempo.

Con todo lo dicho, quiero decir simplemente que la tarea de derrocar a la burguesía a la que se enfrenta la clase obrera no es mecánica. Es una tarea que requiere para su cumplimiento: la energía revolucionaria, la sagacidad política, la experiencia, la amplitud de miras, la resolución, sangre ardiente pero al mismo tiempo cabeza fría. Es una tarea política, revolucionaria, estratégica. Precisamente en el transcurso del último

año un partido nos ha dado una lección muy instructiva al respecto. Me refiero al Partido Socialista Italiano, cuyo órgano oficial se llama *Avanti*. Sin someter al análisis todo el conjunto de cuestiones tácticas relativas a la lucha y a la victoria, sin un panorama claro de las circunstancias concretas de esta lucha, el partido italiano se sumergió en una agitación revolucionaria, estimulando a los obreros italianos. ¡Adelante! La clase trabajadora de Italia demostró que la sangre que circula en sus venas es lo suficientemente caliente. Se tomó en serio todas las consignas del partido y avanzó, se apoderó de fábricas, talleres, minas, etc. Pero poco después se vio obligada a llevar a cabo una terrible retirada y se separó completamente del partido durante un período entero. El partido la había traicionado pero no en el sentido de que hay traidores conscientes instalados en el Partido Socialista Italiano, no; nadie está diciendo esto, sino porque en ese partido estaban los reformistas que por su entera constitución espiritual eran hostiles a los intereses genuinos de la clase obrera. Allí estaban los centristas, que no tenían ni comprendían las necesidades internas de un verdadero movimiento obrero revolucionario. Gracias a todo esto, todo el partido se transformó en un instrumento de agitación revolucionaria completamente abstracta y superficial. Pero la clase obrera, debido a su posición, se vio obligada a aceptar seriamente esa agitación. Sacó las conclusiones revolucionarias extremas de dicha agitación y, como resultado de ello, sufrió una cruel derrota. Esto significa que en este caso quedó al descubierto la total ausencia de tácticas en el sentido amplio de la palabra, o, expresando la misma idea en términos militares, la ausencia completa de estrategia. Y ahora podemos imaginarnos, (esto es, por supuesto, pura elucubración y no un intento de sugerir tal idea a nuestro espléndido Partido Comunista de Italia) es posible, digo, imaginar que ese partido pueda proclamar: tras tan terrible derrota, después de semejante traición por parte del viejo partido socialista, nosotros, los comunistas, que estamos realmente preparados para extraer las conclusiones más extremas, debemos proceder inmediatamente a la venganza revolucionaria; tenemos que llevar a la clase obrera a una ofensiva contra los baluartes de la sociedad capitalista.

El Tercer Congreso Mundial consideró teórica y prácticamente esta cuestión y dijo: si en el momento actual, inmediatamente después de la derrota consecuente a la traición del Partido Socialista de Italia, la Internacional Comunista le impusiera al partido italiano la tarea de pasar instantáneamente a una ofensiva, cometería un error estratégico fatal, porque la batalla decisiva requiere la correspondiente preparación. Y dicha preparación, camaradas, no consiste en recaudar cotizaciones para el comité de finanzas del partido durante un período de décadas, ni en sumar el número de suscriptores a la venerable prensa socialdemócrata, etc. No, la preparación, especialmente en una época como la nuestra, cuando el estado de ánimo de las masas cambia y se eleva rápidamente, no requiere décadas, ni siquiera años, sino sólo unos pocos meses. Prever los intervalos de tiempo es, en general, una ocupación muy miserable; pero en todo caso una cosa está clara: cuando hablamos hoy de preparación, ésta adquiere un significado completamente distinto del que tenía en la época orgánica del desarrollo económico gradual. La preparación para nosotros significa la creación de condiciones que nos aseguren la simpatía de las más amplias masas. En ningún caso podemos renunciar a este factor. La idea de reemplazar la voluntad de las masas por la resolución de la llamada vanguardia es absolutamente inadmisibile y no marxista. A través de la conciencia y la voluntad de la vanguardia es posible ejercer influencia sobre las masas, es posible ganar su confianza, pero es imposible reemplazar a las masas con esta vanguardia. Y por esta razón el Tercer Congreso Mundial ha puesto ante todos los partidos, como la tarea más importante e impostergable, la exigencia de que la mayoría de los trabajadores se sientan atraídos a nuestro lado.

Aquí se ha señalado que el camarada Lenin había dicho en uno de sus discursos en el congreso que un pequeño partido también podía, bajo determinadas condiciones,

arrastrar tras de sí a la mayoría de la clase obrera y conducirla. Esto es absolutamente correcto. La revolución es una combinación de factores objetivos independientes de nosotros y que son los factores más importantes y de factores subjetivos que dependen de nosotros en menor o mayor medida. La historia no siempre, o más correctamente, la historia casi nunca funciona de tal manera que primero se preparan las condiciones objetivas, como, por ejemplo, si primero ponemos la mesa y luego llamamos a los invitados a sentarse. La historia no se detiene hasta que la clase correspondiente, en nuestro caso el proletariado, esté organizada, haya clarificado su conciencia y puesto en marcha su voluntad, para luego, graciosamente, invitarla a llevar a cabo la revolución sobre la base de estas condiciones social y económicamente maduras. No, las cosas suceden de una manera diferente. La necesidad objetiva de la revolución ya puede estar completamente al alcance. La clase obrera, hablando sólo de esta clase porque ahora sólo estamos interesados en la revolución proletaria, puede no estar todavía completamente preparada, mientras que el partido comunista puede, por supuesto, abarcar sólo a una insignificante minoría de la clase obrera. Camaradas, ¿qué ocurriría entonces? Se produciría una revolución muy prolongada y sanguinaria, y en el curso de la revolución el partido y la clase obrera tendrían que compensar lo que les faltaba desde el principio.

Tal es la situación actual. Y por lo tanto, si es cierto (y es cierto) que bajo determinadas condiciones incluso un pequeño partido puede convertirse en la organización principal no sólo del movimiento obrero, sino también de la revolución obrera, esto sólo puede ocurrir bajo la condición de que este pequeño partido descubra en su pequeñez no una ventaja, sino la mayor desgracia de la que debe librarse tan pronto como sea posible.

Al congreso asisten ciertos compañeros que representan a los partidos más pequeños, por ejemplo, el Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Este partido es revolucionario, incluso muy revolucionario, de esto no nos cabe la menor duda. Y si la revolución consistiese en que el KAPD manifestara su magnífica voluntad revolucionaria en la acción, y si tal demostración fuese suficiente para poner a la burguesía alemana de rodillas, la revolución ya sería un hecho consumado en Alemania. Pero la acción demostrativa de una sola secta revolucionaria no es suficiente. Los representantes del KAPD han dicho lo que el camarada Lenin también admitió, a saber: que un pequeño partido puede asumir el papel principal. Y eso es realmente así. Pero en ese caso no puede ser una pequeña secta, que se enfrenta a un partido revolucionario mucho mayor, el partido de la clase obrera, y que ve en su pequeño número una gran superioridad histórica. Tal partido nunca puede convertirse en el partido principal de la clase obrera. Ésta es toda la esencia de la cuestión.

Y así, el Tercer Congreso Mundial ha proclamado que la preparación es la tarea del momento actual. Coincidiendo con esto, se vio obligado a susurrar a determinados grupos y camaradas, y a veces también a gritarles, que retrocedieran un poco para realizar un repliegue estratégico y que, atrincherándose en determinada línea política, emprendiesen los preparativos para una ofensiva real. Ahora, camaradas, ¿fue realmente necesario este consejo que se ha convertido en una orden? ¿O tal vez marca ya el comienzo de la caída de la Internacional Comunista, como afirman algunos? Creo que hay una urgente necesidad de dar este consejo a determinados grupos, organizaciones y camaradas. Pues, repito, entre determinados grupos (y no me refiero sólo al KAPD, sino también a partidos mucho más grandes y a tendencias dentro de los grandes partidos) existía una genuina voluntad de revolución, algo que no se había percibido en Europa occidental durante mucho tiempo. En este sentido podemos anotar un gran paso colosal desde el Primer Congreso Mundial hasta la celebración del Tercer Congreso Mundial. Tenemos grandes partidos con una clara voluntad de acción revolucionaria, y sin tal voluntad es imposible hacer una revolución (en el sentido en que un partido puede, en

general, hacer una revolución). Pero entre ciertos grupos, periodistas e, incluso, líderes, han prevalecido puntos de vista sobre los métodos de esta revolución que son demasiado simples. Probablemente sepan que la llamada teoría de la ofensiva avanza posiciones. ¿Cuál es la esencia de esta teoría? Su idea es que hemos entrado en la época de la descomposición de la sociedad capitalista, es decir, la época en que la burguesía debe ser derrocada. ¿Cómo? Mediante la ofensiva de la clase obrera. Esta formulación puramente abstracta es correcta. Sin embargo, se ha tratado de convertir este capital teórico en moneda correspondiente de menor valor y se ha declarado que esa ofensiva consiste en un número sucesivo de ofensivas más pequeñas. Así surgió la teoría, cuyo más claro exponente es la revista de Viena *Comunismus*, la teoría de la ofensiva immaculada correspondiente al carácter revolucionario de la época.

Camaradas, se ha maltratado mucho a la analogía entre la lucha política de la clase obrera y las operaciones militares. Pero hasta cierto punto se puede hablar aquí de similitudes. En la guerra civil uno de los dos lados contendientes debe, inevitablemente, emerger como vencedor; porque la guerra civil difiere de la guerra nacional en que, en este último caso, es posible un compromiso: uno puede ceder al enemigo una parte del territorio, uno puede pagarle una indemnización, llegar a algún acuerdo con él. Pero en la guerra civil esto es imposible. Aquí, una u otra clase y, por lo tanto, nuestra estrategia tuvo que consistir en una ofensiva victoriosa. Nos vimos obligados a liberar nuestra periferia de la contrarrevolución. Pero recordando hoy la historia de nuestra lucha, podemos ver que sufrimos la derrota con bastante frecuencia. En el aspecto militar, nosotros también tenemos nuestras jornadas de marzo, hablando en alemán. Y nuestros septiembre, hablando en italiano. ¿Qué sucede después de una derrota parcial? Se produce una cierta dislocación del aparato militar, surge una cierta necesidad de un respiro, una necesidad de reorientación y una estimación más precisa de las fuerzas recíprocas, la necesidad de compensar las pérdidas y de inculcar en las masas la conciencia de la necesidad de una nueva ofensiva y de una nueva lucha. A veces todo esto sólo es posible bajo las condiciones de retirada estratégica. A los soldados (especialmente si son soldados de un ejército revolucionario con conciencia de clase) se les dice en ese momento: debemos entregar tales y tales puntos, tales y tales ciudades y áreas y retirarnos más allá del Volga, para consolidar nuestra posición y en el transcurso de tres o cuatro semanas, o tal vez varios meses, reorganizar nuestras filas, compensando nuestras pérdidas y luego pasar a una nueva ofensiva. Debo confesar que durante el primer período de nuestra Guerra Civil la idea de la retirada fue siempre muy dolorosa para todos nosotros y produjo estados de ánimo muy bajos entre los soldados. Una retirada es un movimiento. Que alguien dé diez pasos adelante o diez pasos atrás depende enteramente de los requisitos del momento. Para la victoria a veces es necesario avanzar, y a veces retroceder.

Pero para entender esto correctamente, para discernir en un repliegue, en una retirada, la parte de un plan estratégico unificado, para eso se requiere determinada experiencia. Pero si uno razona puramente de forma abstracta e insiste siempre en seguir adelante, si uno se niega a asimilar en su cerebro la estrategia suponiendo que todo puede ser reemplazado por un esfuerzo adicional de voluntad revolucionaria, ¿qué resultados se obtiene entonces? Tomemos por ejemplo los acontecimientos de septiembre en Italia o los de marzo en Alemania. Se nos dice que la situación en estos países sólo puede ser subsanada por una nueva ofensiva. En los días de marzo (y lo digo abiertamente) no arrastramos ni a una quinta ni, incluso, a una sexta parte de la clase obrera y sufrimos una derrota, en un sentido puramente práctico, es decir: no conquistamos el poder (por cierto, el partido ni siquiera se impuso esta tarea); tampoco paralizamos la contrarrevolución. Esta es, sin lugar a dudas, una derrota práctica. Pero si ahora, siguiendo la anterior teoría de la ofensiva, dijéramos: sólo una nueva ofensiva puede remediar la situación, ¿qué es lo que podríamos ganar? Entonces no

arrastraríamos tras de nosotros ni a más de una sexta parte de la clase obrera, sino sólo a ese sector de la primera sexta parte que ha permanecido apta para el combate. De hecho, después de una derrota siempre hay que observar una cierta depresión, que, por supuesto, no dura para siempre, pero que dura un tiempo. Bajo estas condiciones sufriríamos una derrota aún mayor y mucho más peligrosa. No, camaradas, después de tal derrota debemos retirarnos. ¿En qué sentido? En el sentido más simple. Debemos decirle a la clase obrera: sí, camaradas, sobre la base de los hechos nos hemos convencido de que en esta lucha sólo teníamos una sexta parte de los trabajadores tras nosotros. Pero debemos contar al menos con cuatro sextos, o dos tercios, para pensar seriamente en la victoria; y para ello debemos desarrollar y salvaguardar las fuerzas mentales, espirituales, materiales y organizativas que son nuestros lazos con la clase. Desde el punto de vista de la lucha ofensiva, esto significa una retira estratégica en aras de la preparación. Carece de cualquier importancia que uno llame a este izquierdista o que diga que va hacia la derecha. Todo depende de lo que uno quiere decir con estas palabras. Si por el izquierdismo se entiende una disposición formal a avanzar en cualquier momento y a aplicar las formas más agudas de lucha, entonces esto, por supuesto, significa una tendencia a la derecha. Pero si las palabras “partido de izquierda” o “tendencias de izquierda” se entienden en un sentido histórico más profundo, en un sentido dinámico, en el sentido de un movimiento que se fija la tarea más grande de la época y la satisface con los mejores medios, entonces esto constituiría un paso adelante hacia la izquierda, la tendencia revolucionaria. Pero no perdamos el tiempo con tal escolasticismo filológico. A los que se burlan de las palabras y dicen que el congreso ha dado un paso hacia la derecha les exigimos que nos den una definición precisa de qué quieren decir con derecha o con izquierda.

No hay necesidad de que me detenga en el hecho de que algunos camaradas extremadamente inteligentes han avanzado una hipótesis según la cual los rusos son principalmente culpables de la actual “tendencia derechista”, porque los rusos han establecido relaciones comerciales con los occidentales. Y están gravemente preocupados porque estas relaciones se vean interrumpidas por la revolución europea y por otros contratiempos. No he oído esta hipótesis, por así decirlo, sino rumores maliciosos de que también existen teóricos del desarrollo histórico que extienden su lealtad al espíritu de Marx hasta el punto de buscar también fundamentos económicos para esta tendencia de derechas en Rusia. Me parece, camaradas, que se han metido en un callejón sin salida. Por supuesto, desde un punto de vista puramente fáctico, tendríamos que reconocer que la revolución en Alemania, en Francia, en Inglaterra, nos traería los mayores beneficios, porque nuestras relaciones comerciales algo tímidas con Occidente nunca nos proporcionarían la misma ayuda que podríamos recibir de una victoriosa revolución proletaria. La revolución nos liberaría en primer lugar de la necesidad de mantener un ejército de varios millones en nuestro país, que está tan económicamente arruinado; y esta circunstancia por sí sola nos traería el mayor alivio y, al mismo tiempo, la posibilidad de una restauración económica.

Y por lo tanto, esta hipótesis es totalmente inútil. Y en este sentido no difiere de esa otra afirmación de que el partido comunista ruso insistió en provocar artificialmente una revolución en Alemania en marzo para que la Rusia soviética pudiera hacer frente a sus dificultades domésticas. Esta aserción es absurda pues una revolución parcial, un levantamiento en un sólo país, no puede ayudarnos en nada. Estamos sufriendo la destrucción de las fuerzas productivas como resultado de la guerra imperialista, la guerra civil y el bloqueo. La ayuda sólo puede llegarnos mediante los envíos de fuerzas técnicas auxiliares a gran escala, mediante la llegada de trabajadores altamente calificados, locomotoras, máquinas, etc. Pero en ningún caso de insurrecciones parciales y sin éxito en este o aquel país. Esa Rusia soviética será capaz de mantenerse y desarrollarse sólo en caso de revolución mundial. Esto, camaradas, se puede leer

literalmente en todo lo que hemos escrito. Ustedes pueden convencerse de que hace quince años escribimos que, por la fuerza de la lógica interna de la lucha de clases en Rusia, la revolución rusa llevaría ineludiblemente a la clase obrera rusa al poder; pero que este poder podría estabilizarse y consolidarse bajo la forma de una dictadura socialista victoriosa sólo si sirviese de punto de partida y siguiera siendo parte integral de la revolución mundial del proletariado internacional. Esta verdad conserva toda su fuerza hasta el día de hoy. Y por esta razón Rusia, como cualquier otro país, sólo le interesa el desarrollo lógico interno de las fuerzas revolucionarias del proletariado y no, en absoluto, acelerar o retrasar artificialmente el desarrollo revolucionario.

Algunos camaradas han expresado el temor de que al formular la cuestión en la forma en que lo hicimos, estemos llevando agua al molino de los elementos centristas y pasivos del movimiento obrero. Estos temores también me parecen absolutamente infundados. En primer lugar, porque los principios en que se basa nuestra actividad siguen siendo los que fueron adoptados por el Primer Congreso Mundial, elaborados teóricamente en detalle por el Segundo Congreso Mundial, y confirmados, ampliados y substanciados en concreto por el Tercer Congreso Mundial. Estos principios determinan toda la actividad de la Internacional Comunista. Si durante la época del primer y segundo congresos condenamos teóricamente las tendencias reformistas y centristas, ahora esto ya no es suficiente. Hoy en día debemos elaborar una estrategia revolucionaria para superar en la práctica estas tendencias condenadas por nosotros. Aquí radica la esencia de la cuestión. Y en este sentido, también, algunos comunistas mantienen un enfoque simple, y por lo tanto incorrecto. Imaginan que se pueden obtener resultados revolucionarios repitiendo incesantemente que seguimos siendo enemigos irreconciliables de todas y cada una de las tendencias centristas. Por supuesto, seguimos siendo así. Cada paso hacia la reconciliación con las tendencias pasivas del centrismo y del reformismo significaría la completa desintegración de todo nuestro movimiento. La cuestión no radica en esto, sino en qué curso de acción debemos seguir para desmarcarnos teórica y organizativamente de todas las tendencias centristas donde quiera que aparezcan. Esto es el ABC. Sería ridículo entablar una disputa sobre esto dentro de la Internacional Comunista. Las diferencias de opinión sólo pueden surgir sobre la cuestión de si debemos expulsar de inmediato a los elementos centristas de tal o cual partido, o si es más conveniente esperar un tiempo y darles la oportunidad de desarrollarse en una dirección revolucionaria. Tales diferencias prácticas de opinión son inevitables en cada partido vigoroso. Pero el reconocimiento de principio de la necesidad de llevar a cabo una lucha mortal contra el centrismo es la condición previa para el desarrollo revolucionario de las fuerzas del partido comunista y de la clase obrera. Esto no está en cuestión. Poner esta cuestión en el mismo plano que cuestiones prácticas de estrategia revolucionaria sólo pueden hacerlo aquellos que aún no han comprendido completamente lo que constituyó el núcleo de las cuestiones revolucionarias en el Tercer Congreso Mundial.

Está descontado que nuestros oponentes en el campo centrista tratarán de aprovechar lo que hemos dicho. Dirán: miren, en tales y tales lugares plantearon consignas para una ofensiva decisiva, pero ahora el Tercer Congreso Mundial ha proclamado la necesidad de una retirada estratégica. Es natural e inevitable que una parte procure obtener alguna ventaja de cada paso dado por la otra. Así es como están las cosas en esta guerra, también. Cuando, durante la Guerra Civil, Denikin o Kolchak se retiraban, siempre escribíamos en nuestros folletos de agitación: miren, en lugar de cruzar el Volga, el enemigo se ha retirado a los Urales. Lo escribimos para elevar la moral de los combatientes. Pero, si tuviésemos que hacer tal o tal otro movimiento como conclusión del argumento de que nuestros oponentes interpretan nuestro movimiento como una retira, sacrificaríamos con ello lo que es realmente esencial en aras de consideraciones de segunda categoría y formalistas.

He tenido plenamente en cuenta lo extremadamente difícil que es defender la estrategia del repliegue temporal en un congreso de la Internacional de la Juventud Comunista. Porque si alguien es consciente del derecho y de la necesidad interior de emprender una ofensiva, es, por supuesto, la generación joven de la clase obrera. Si no fuera así, nuestros asuntos estarían en muy mal estado. Creo, camaradas, que precisamente ustedes, la joven generación, están destinados a llevar a cabo la revolución. La revolución actual puede continuar desarrollándose durante años y décadas. No en el sentido de que la preparación para una batalla decisiva en Alemania durará décadas. No, pero lo mismo puede suceder allí que nos pasó en Rusia. Por la fuerza de las condiciones históricas, alcanzamos la victoria muy fácilmente, pero luego nos vimos obligados, durante tres años ininterrumpidamente, a entablar y llevar adelante la guerra civil. Y aun ahora no estamos seguros de que la guerra no nos aparezca en el Lejano Oriente, con Japón, o en Occidente. No porque busquemos la guerra, sino porque la burguesía imperialista sigue cambiando sus métodos. Al principio nos combatió con métodos militares, luego estableció relaciones comerciales con nosotros, pero ahora puede recurrir de nuevo a instrumentos de guerra. Es difícil decir cómo se desarrollarán los acontecimientos en Alemania y Francia. Pero que la burguesía no se entrega de repente está fuera de toda duda. Tampoco está sujeto a dudas que la revolución conquistará un día toda Europa y el mundo. Las perspectivas de la revolución son ilimitadas y la fase final de la lucha puede durar décadas. Pero, ¿qué significa esto? Significa que precisamente la generación joven, ustedes que están reunidos aquí, están convocados por la historia para llevar nuestra lucha a su conclusión. Puede que, incluso, quedé pendiente algún trabajo para sus hijos. No olvidemos que la Gran Revolución Francesa y todas sus consecuencias duraron varias décadas.

Así, la educación táctica de la juventud comunista es una cuestión de primera magnitud. En nuestro tiempo la generación joven está obligada a madurar muy temprano, porque el desgaste del material humano está avanzando a un ritmo extremadamente rápido. Lo observamos en Rusia; también se observa en Alemania; y en el futuro, esto se manifestará aún más extraordinariamente. Por esta razón, es de suma importancia que la Internacional de la Juventud Comunista adopte (como en realidad ocurre) una actitud extremadamente seria ante las cuestiones tácticas. Es de suma importancia que los jóvenes revisen y critiquen nuestras tácticas e incluso, si es necesario, consideren que no son lo suficientemente izquierdistas. Sin embargo, no deben ver nuestra táctica como una manifestación de algunos estados de ánimo accidentales dentro de un solo partido o grupo, sino que deben analizarla contextualizándola con las tareas agregadas del movimiento revolucionario en su conjunto. En cuanto a nuestra resolución sobre la cuestión de la organización, alguien podría decir: “Mire usted, aquí se afirma que debe aumentarse el número de suscriptores a los periódicos comunistas y que los corresponsales y colaboradores de la prensa comunista se deben reclutar en los barrios obreros. Se dice aquí que hay que concentrarse en el trabajo de expansión de nuestras organizaciones y en la consolidación de los núcleos comunistas en los sindicatos. ¿No son todas éstas, actividades insignificantes, actividades que olían horriblemente en los partidos socialdemócratas de antes de la guerra? Sí, es así, siempre que se desprenda esta cuestión de su contexto histórico, siempre y cuando no se comprenda que estamos viviendo en una época que es revolucionaria en su contenido objetivo y que representamos a la clase obrera que cada día se está convenciendo más y más de que solamente puede asegurar las condiciones más elementales de su existencia a través de la revolución. Pero si uno olvida todo esto junto con el hecho de que estamos comprometidos en un combate mortal con los partidos y grupos socialdemócratas y centristas por la influencia sobre la clase obrera, entonces, por supuesto, se obtendrá una concepción totalmente distorsionada de las



tendencias, tácticas y principios organizativos del Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista.

Hoy somos lo suficientemente maduros como para no atarnos en todas nuestras acciones a causa de nuestra oposición formal a los reformistas y centristas. Hoy en día estamos frente a la tarea revolucionaria como una tarea práctica. Y nos preguntamos: ¿cómo debemos armarnos? ¿Qué frente debemos ocupar? ¿En qué línea debemos atrincherarnos para defendernos? ¿En qué momento debemos pasar a la ofensiva?

Estamos ampliando nuestras organizaciones. Si esta expansión tiene lugar en el campo de la publicación de periódicos, o incluso en el campo del parlamentarismo, sólo tiene significado en la medida en que esto crea las condiciones para la victoria del levantamiento revolucionario. De hecho, ¿cómo podríamos asegurar, en la época tempestuosa de los levantamientos proletarios masivos, la unidad de ideas y consignas sin una extensa red de corresponsales, colaboradores y lectores de los periódicos revolucionarios? Y mientras que los periodistas y corresponsales de sus periódicos son importantes para un partido socialdemócrata como condición previa para sus éxitos parlamentarios, para nosotros comunistas el mismo tipo de organización es importante como premisa práctica para la victoria de la revolución.

Desde este criterio, camaradas, el Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista ha dado un paso gigantesco en comparación con el primer y segundo congresos. En aquella época, sobre todo en la era del Primer Congreso Mundial, se podía esperar que el aparato burgués del estado estuviera tan desorganizado por la guerra que nos permitiese derrocar la dominación burguesa con un único ataque revolucionario espontáneo. Si esto hubiera ocurrido, habríamos tenido, por supuesto, la ocasión de felicitarlos. Pero esto no sucedió. La burguesía logró resistir el asalto del movimiento revolucionario espontáneo de masas. La burguesía logró conservar sus posiciones. Ha restaurado su aparato estatal y ha mantenido con mano firme su ejército y su policía. Estos son hechos indiscutibles y nos colocan ante la tarea de derribar este aparato de estado restaurado por medio de una ofensiva revolucionaria pensada y organizada ofensivamente en el sentido histórico de la palabra, ofensiva que incluye repliegues temporales así como interludios para la preparación.

La tarea del partido comunista consiste en aplicar todos los métodos posibles de lucha. Si esto no fuera necesario, si el proletariado pudiera derrocar a la burguesía con un solo ataque tempestuoso, no habría necesidad del partido comunista. Tanto el hecho de que a escala mundial esta tarea se plantea ahora como una tarea práctica y el hecho de que el Tercer Congreso Mundial haya llegado a una formulación unánime de esta tarea, después de una prolongada y acalorada discusión, esto es, camaradas, el hecho de que exista un partido de obreros comunista e internacionalista que sea capaz de elaborar prácticamente, y adoptar por unanimidad, un plan estratégico para la aniquilación de la sociedad burguesa, este camaradas es el hecho supremo de nuestra época. Y si no estáis satisfechos con algunas cosas (en mi opinión injustificadamente) debéis incorporar en cualquier caso vuestra insatisfacción al marco de este gran hecho, esta gran victoria. Si lo hacéis, entonces las críticas que emanen de la Internacional de la Juventud Comunista no serán un freno, sino un factor progresivo.

Es posible que las mayores batallas decisivas puedan tener lugar el próximo año. Es posible que el período de preparación en los países clave dure hasta el próximo congreso. Es imposible predecir la fecha y la duración de los acontecimientos políticos. El Tercer Congreso Mundial ha sido la más alta escuela de preparación estratégica. Y puede ser que el Cuarto Congreso Mundial lance la señal para la revolución mundial. No podemos decirlo todavía. Pero esto lo sabemos: hemos dado un gran paso adelante, y todos saldremos de este congreso más maduros que cuando llegamos a él. Esto está muy claro, y no solo para mí, sino para todos nosotros. Y cuando llegue la hora de las grandes batallas, los jóvenes harán un gran papel. Sólo necesitamos recordar al Ejército

Rojo en el que la juventud desempeñó un papel decisivo, no sólo políticamente, sino en un sentido puramente militar. De hecho, ¿qué es el Ejército Rojo, camaradas? No es más que la juventud armada y organizada de Rusia. ¿Qué hicimos cuando tuvimos que lanzar una ofensiva? Hicimos un llamamiento a las organizaciones de la juventud, y estas organizaciones llevaron a cabo una movilización. Cientos y miles de jóvenes trabajadores y campesinos vinieron a nosotros y los incorporamos como células en nuestros regimientos. Así es como se construyó la moral del Ejército Rojo. Y si conseguimos el mismo tipo de jóvenes en la Internacional Comunista (como lo haremos), si en los días de batallas decisivas la juventud entra en nuestras filas en regimientos organizados, entonces utilizará en beneficio del movimiento obrero eso que ahora le separa de la “vieja” internacional, no tanto en espíritu como en madurez mental.

Camaradas, durante los días más peligrosos de la revolución rusa, cuando Yudenich llegó muy cerca de Petrogrado, y durante los duros días de Cronstadt, cuando esta fortaleza casi se convirtió en una fortaleza del imperialismo francés contra Petrogrado, fue la juventud obrera y campesina rusa la que salvó la revolución. En los periódicos burgueses se puede leer que trajimos regimientos chinos, calmuco y otros, contra Yudenich y Kronstadt. Esto es, por supuesto, una mentira. Trajimos a nuestra juventud. La toma de Kronstadt fue realmente simbólica. Kronstadt, como dije, estaba a punto de pasar a manos del imperialismo francés e inglés. Dos o tres días más y el Mar Báltico habría estado libre de hielo y los buques de guerra de los imperialistas extranjeros podrían haber entrado en los puertos de Kronstadt y Petrogrado. Si nos hubiéramos visto obligados a entregar Petrogrado, habría quedado abierto el camino a Moscú, pues prácticamente no hay puntos defensivos entre Petrogrado y Moscú. Tal era la situación. ¿A quién nos dirigimos? Kronstadt estaba rodeada de mar por todos lados, y el mar estaba cubierto de hielo y nieve. Totalmente expuestos teníamos que movernos sobre el hielo y la nieve contra la fortaleza ampliamente equipada con artillería y ametralladoras. Nos dirigimos a nuestra juventud, a aquellos obreros y campesinos que recibían educación militar en nuestras escuelas militares. Y respondieron firmemente a nuestro llamamiento: “¡Presentes!” Y bajo la intemperie y a pecho descubierto marcharon contra la artillería y las ametralladoras de Cronstadt. Y como antes, cerca de Petrogrado, ahora en el hielo del Báltico se veían muchos cadáveres de jóvenes obreros y campesinos rusos. Lucharon por la revolución, lucharon para que el actual congreso se reuniera. Y estoy seguro de que la juventud revolucionaria de Europa y Norteamérica, mucho más educada y desarrollada que nuestra juventud, en la hora de la necesidad mostrará no menos, sino una energía revolucionaria mucho mayor. Y en nombre del Ejército Rojo ruso, les digo: *¡Viva la Juventud Revolucionaria Internacionalista, el Ejército Rojo de la Revolución Mundial!*

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)